
Los usos de la biografía

Giovanni Levi

Tomado de *Annales ESC*, núm. 6, noviembre de 1989, pp. 1325-1336.
Traducción de Araceli Rodríguez Tomp.

1. Raymond Queneau escribe que “hubo épocas en que se podía contar la vida de un hombre haciendo abstracción de todo acontecimiento histórico”. Podríamos de igual manera adelantar que hubo épocas —que nos son tal vez más cercanas— en que era posible relatar un acontecimiento histórico haciendo abstracción de todo destino individual. Vivimos hoy en una fase intermedia: la biografía se encuentra más que nunca en el centro de las preocupaciones de los historiadores, pero revela claramente sus ambigüedades. En ciertos casos se recurre a ella con el fin de subrayar la irreductibilidad de los individuos y de sus comportamientos hacia sistemas normativos generales, en nombre de la experiencia vivida; en otros, por el contrario, es percibida como el lugar ideal para probar la validez de las hipótesis científicas concernientes a las prácticas y el funcionamiento efectivo de las leyes y de las reglas sociales. Arnaldo Momigliano subrayó al mismo tiempo la ambigüedad y la fecundidad de la biografía: por un lado

...no es sorprendente que la biografía esté instalándose en el centro de la investigación histórica. Mientras que las premisas del historicismo vuelven más complejas todas las formas de historia política y social, la biografía se mantiene como algo relativamente simple. Un individuo posee límites claros, un número restringido de relaciones significativas [...] La biografía se abre a todos los tipos de problemas dentro de fronteras bien definidas.

Por otro lado, sin embargo,

...¿los historiadores serán capaces un día de enumerar los innumerables aspectos de la vida? La biografía se encuentra desde ahora investida de un papel ambiguo en la historia: puede constituirse en un instrumento de la investigación social o, por el contrario, proponer un modelo para escapar de ella.

No tengo intención de regresar a un debate, inherente desde siempre a las ciencias sociales, y que Pierre Bourdieu calificó, con su ferocidad proverbial, como un absurdo científico. Pienso, sin embargo, que en un periodo de crisis de los paradigmas y de cuestionamiento fecundo de los modelos interpretativos aplicados al mundo social, el engolosinamiento reciente de los historiadores por la biografía y la autobiografía invita a hacer algunas observaciones que podrían contribuir a la reflexión traída a colación por el editorial de los *Annales* (núm. 2, 1988). En mi opinión, la mayoría de las interogan-

tes metodológicas de la historiografía contemporánea se presentan a propósito de la biografía, particularmente las relaciones con las ciencias sociales, los problemas de las escalas de análisis, de los nexos entre reglas y prácticas y aquéllas, complejas, de los límites de la libertad y de la racionalidad humanas.

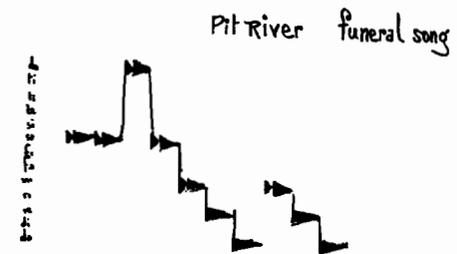
2. Un primer aspecto significativo implican las relaciones entre historia y relato. La biografía constituye, en efecto, el paso privilegiado por el cual los cuestionamientos y las técnicas propias de la literatura se plantean a la historiografía. Mucho se ha debatido sobre este tema que concierne sobre todo a las técnicas argumentativas a las que recurren los historiadores. Liberada de las trabas documentales, la literatura se acomoda a una infinidad de modelos y de esquemas biográficos que han influido muy ampliamente en los historiadores. Esta influencia, más a menudo indirecta que directa, sugiere problemas, interrogantes y esquemas psicológicos o de comportamiento que remiten al historiador a obstáculos documentales frecuentemente insuperables: a propósito, por ejemplo, de los gestos y de los pensamientos de la vida cotidiana, de las dudas y de las incertidumbres, del carácter fragmentario y dinámico de la identidad y de los momentos contradictorios de su construcción.

Desde luego, las exigencias de los historiadores y de los novelistas no son las mismas, aunque se hayan acercado poco a poco. Nuestra fascinación de buceadores de archivos por las descripciones imposibles de sostener a falta de documentos, alimenta tanto el renacimiento de la historia narrativa como el interés por nuevos tipos de fuentes, en los que se podrían descubrir índices dispersos de los actos y de las palabras de la vida cotidiana. Por lo demás, esta fascinación ha actualizado el debate sobre las técnicas de argumentación y sobre la manera en que la investigación se transforma en acto de comunicación, por medio de un texto escrito.

¿Podemos escribir la vida de un individuo? La pregunta plantea puntos importantes para la historiografía, y es a menudo evacuada por medio de algunas simplificaciones que toman como pretexto la ausencia de fuentes. Mi objetivo es mostrar que no se trata aquí de la única y ni siquiera de la principal dificultad. En muchos casos, las distorsiones más evidentes provienen de que, como historiadores, imaginamos a los actores históricos obedeciendo a un modelo de racionalidad anacrónico y limitado. Siguiendo en esto una tradición biográfica establecida, y la retórica misma de nuestra disciplina, nos volvemos hacia modelos que asocian una cronología ordenada, una personalidad coherente y estable, acciones sin inercia y decisiones sin incertidumbre.

3. Con justa razón Pierre Bourdieu habló a este respecto de "ilusión biográfica", y estimó que era indispensable reconstruir el contexto, la "superficie social" sobre la cual actúa el individuo, en una pluralidad de campos, a cada instante. Pero la duda sobre la posibilidad misma de la biografía es un factor recurrente. La biografía pública, ejemplar, moral, no ha sido objeto de un cuestionamiento progresivo sino oscilante, siempre en estrecha relación con momentos de crisis en la definición de la racionalidad; también con éstos en los que el enfrentamiento entre individuo e instituciones se volvía más agudo... Fue el caso, sorprendentemente, durante una

Un primer aspecto significativo implican las relaciones entre historia y relato. La biografía constituye, en efecto, el paso privilegiado por el cual los cuestionamientos y las técnicas propias de la literatura se plantean a la historiografía.



Surgida de la novela (Sterne, Diderot), porque se esforzaba por construir la imagen de un hombre complejo, contradictorio, cuyo carácter, opiniones y actitudes estaban en perpetua formación, esta crisis afecta a la autobiografía (Rousseau) y finalmente a la biografía propiamente dicha. Tal periodo presenta numerosas analogías con el nuestro: la conciencia de una divergencia entre el personaje social y la percepción de sí tomó aquí una agudeza muy particular.

buena parte del siglo XVIII con el debate que se abrió sobre la posibilidad de escribir la vida de un individuo. Surgida de la novela (Sterne, Diderot), porque se esforzaba por construir la imagen de un hombre complejo, contradictorio, cuyo carácter, opiniones y actitudes estaban en perpetua formación, esta crisis afecta a la autobiografía (Rousseau) y finalmente a la biografía propiamente dicha. Tal periodo presenta numerosas analogías con el nuestro: la conciencia de una divergencia entre el personaje social y la percepción de sí tomó aquí una agudeza muy particular. Los límites de la biografía fueron, pues, claramente percibidos en el momento mismo en que se asistía al triunfo del género biográfico.

Marcel Mauss describe la diferencia entre personaje social y percepción de sí en estos términos: "Es evidente, sobre todo para nosotros, que no ha habido jamás un ser humano que no tuviera sentido, no solamente de su cuerpo, sino también de su individualidad espiritual y corporal a la vez." No obstante, este sentido del yo no corresponde a la manera en que "en el curso de los siglos, a través de numerosas sociedades, se ha elaborado lentamente, no el sentido del yo, sino la noción, el concepto". De hecho, parece evidente que en ciertas épocas la noción socialmente construida de sí ha sido particularmente estrecha: en otros términos, lo que era considerado como socialmente determinante y comunicable no abarcaba sino de manera muy inadecuada lo que la persona misma consideraba como esencial. Este problema, planteado hoy a plena luz, es el mismo que en el siglo XVIII ya se había formulado explícitamente.

4. Podemos, pues, partir de algunos ejemplos del siglo XVIII. *Tristram Shandy*, de Sterne, puede considerarse como la primera novela moderna, precisamente porque subraya la extrema fragmentación de una biografía individual. Esta fragmentación se manifiesta en la variación continua de los tiempos, en la utilización de incessantes llamadas y en el carácter contradictorio, paradójico, de los pensamientos y del lenguaje de los protagonistas. Podemos añadir que el diálogo entre *Tristram*, el autor y el lector es uno de los rasgos característicos del libro. Es un medio eficaz para construir un relato que da cuenta de los elementos contradictorios que constituyen la identidad de un individuo y de las diferentes representaciones que se pueden tener de ella según los puntos de vista de las distintas épocas.

Diderot fue un gran admirador de Sterne. Compartía sus concepciones en cuanto a la biografía, a la que juzgaba incapaz de captar la esencia de un individuo. No es que haya rechazado el género biográfico; pensaba, más exactamente, que la biografía, aunque incapaz de ser realista, tenía una función pedagógica en cuanto presentaba personajes célebres y develaba sus virtudes públicas y sus vicios privados. En varias ocasiones, Diderot acarició, además, el proyecto de escribir una autobiografía, antes de concluir que le era imposible. Su obra está, en cambio, repleta de alusiones autobiográficas: las más evidentes, aunque por fragmentos, podemos encontrarlas en *Jacques le Fataliste (Jacques el Fatalista)*. Aquí, el problema de la individualidad se resuelve mediante el recurso del diálogo: el joven Jacques y su viejo amo tienen cada uno su vida propia e intercambian sus puntos de vista e incluso a menudo sus pape-

les. De esta colaboración dialógica y acordada nace un personaje (ampliamente autobiográfico) que parece a un tiempo joven y viejo. Verdad e ilusión literaria, autobiografía y multiplicación de los personajes tienen lugar en esta oscilación; cada momento particular, tomado aisladamente, podría parecer una deformación relativa a la construcción de personajes que no obedecen a un desarrollo lineal, y que no siguen un itinerario coherente y orientado.

Pasemos ahora a un ejemplo clásico de autobiografía: las *Confessions* (*Confesiones*) de Rousseau. A primera vista, este ejemplo parece contradecir la impresión de que en la segunda mitad del siglo XVIII se dudó de la posibilidad misma de hacer una autobiografía. No solamente Rousseau pensó que era posible (tal vez sólo para él) contar la vida de un hombre, sino que estimó que este relato podía ser totalmente verídico. Así pues, las *Confesiones* se abren con este pasaje célebre: "He aquí el único retrato de hombre, pintado exactamente según la realidad y en toda su verdad, que existe y que probablemente existirá jamás." De entrada, apenas comenzando a escribir, el autor se ve enfrentado a una empresa que es tal vez posible, pero que de todas maneras será única: "Inició una empresa que no tuvo jamás ejemplo y cuya ejecución no tendrá imitador." De cierta manera, el futuro no le dio la razón. La acogida recibida por las *Confesiones* es bien conocida: cuando Rousseau dio a leer su manuscrito, fue, a decir de él, mal comprendido y mal interpretado. La autobiografía era posible, pero no se podía comunicar su verdad. Ante esta imposibilidad, no de evocar su propia vida, sino de exponerla sin que fuera deformada o alterada, Rousseau prefirió renunciar. Pensaba también que no había más que una solución narrativa, la del diálogo, y en los años que siguieron a la redacción de las *Confesiones*, retomó su tenor en una forma dialógica, *Jean Jacques juge de Rousseau* (*Jean Jacques juez de Rousseau*) procediendo así a un desdoblamiento de su personaje. Para Rousseau, como para Diderot o Sterne (y anteriormente Shaftesbury, que fue probablemente el inspirador de esta solución), el diálogo no sólo constituía el medio para crear una comunicación menos equívoca; era también una manera de restituir al sujeto su compleja individualidad liberándolo de los pliegues de la biografía tradicional que pretendía, como en una investigación entomológica, observarlo y disecarlo objetivamente.

Esta crisis, que merecería ser analizada más largamente, partió de la novela para extenderse a la autobiografía. En cambio, sólo tuvo un eco limitado en la biografía histórica (aun cuando convendría detenerse más en la vida de Johnson por Boswell y, particularmente, en el papel de la imaginación en la reconstrucción de los diálogos por el autor. Pero, aquí también, el problema de la relación entre autor y personaje remite a los comentarios precedentes sobre el desdoblamiento de los puntos de vista). Se encontró un compromiso en la biografía moral que, de hecho, renunciaba a la exhaustividad y a la veracidad individuales para buscar un acento más didáctico; a veces se añadían pasiones y emociones al contenido tradicional de las biografías ejemplares, a saber, los hechos y gestos del protagonista. A decir verdad, esta simplificación supone una cierta confianza en la capacidad de la biografía para describir lo que es significativo en una vida. Tal confianza culminará, por lo demás, en el po-

Verdad e ilusión literaria, autobiografía y multiplicación de los personajes tienen lugar en esta oscilación; cada momento particular, tomado aisladamente, podría parecer una deformación relativa a la construcción de personajes que no obedecen a un desarrollo lineal, y que no siguen un itinerario coherente y orientado.



La nueva dimensión que la persona asume con su individualidad no ha sido entonces la única responsable de las perspectivas recientes en cuanto a la posibilidad o a la imposibilidad de la biografía.

De manera reveladora, la propia complejidad de la identidad, su formación progresiva y no lineal, sus contradicciones, se convirtieron en protagonistas de los problemas biográficos que se presentan a los historiadores.

sitivismo y en el funcionalismo, con los cuales la elección de los hechos significativos va a acentuar el carácter ejemplar y tipológico de las biografías, privilegiando la dimensión pública en relación con la dimensión privada, y considerando como insignificantes las distancias con los modelos propuestos.

5. Sin embargo, la crisis resurgió en el siglo XX, en relación con la aparición de nuevos paradigmas en el conjunto de los campos científicos: crisis de la concepción mecanicista en física, nacimiento del psicoanálisis, nuevas orientaciones en la literatura (podemos conformarnos con citar los nombres de Proust, Joyce, Musil). Ya no son las propiedades sino las probabilidades las que constituyen el objeto de la descripción. La ciencia mecanicista reposaba sobre la delimitación estricta de lo que podía y debía producirse en los fenómenos naturales. Fue reemplazada por una ley de prohibición que define, inversamente, lo que no puede producirse: desde entonces, todo lo que puede suceder sin contradecirla entra en los hechos. En este contexto, se vuelve esencial conocer el punto de vista del observador; la existencia de otra persona en nosotros mismos, en forma de inconsciente, plantea el problema de la relación entre la descripción tradicional, lineal, y la ilusión de una identidad específica, coherente, sin contradicción, que no es sino el biombo o la máscara, o incluso el papel oficial, de una miríada de fragmentos y de astillas.

La nueva dimensión que la persona asume con su individualidad no ha sido entonces la única responsable de las perspectivas recientes en cuanto a la posibilidad o a la imposibilidad de la biografía. De manera reveladora, la propia complejidad de la identidad, su formación progresiva y no lineal, sus contradicciones, se convirtieron en protagonistas de los problemas biográficos que se presentan a los historiadores. La biografía siguió alcanzando su plenitud, pero de manera cada vez más controvertida y problemática, dejando subsistir en el trasfondo aspectos ambiguos, sin resolver, los cuales me parece que hoy constituyen uno de los lugares de confrontación privilegiados del paisaje historiográfico. En tela de fondo, encontramos un nuevo enfoque de las estructuras sociales: el cuestionamiento de los análisis y de los conceptos relativos a la estratificación y a la solidaridad sociales, en particular, incita a presentar de manera menos esquemática los mecanismos por medio de los cuales se constituyen las redes de relación, estratos y grupos sociales. La medida de su solidez y el análisis de la manera en que se hacen y deshacen las configuraciones sociales plantean una cuestión esencial: ¿Cómo se determinan los individuos (conscientemente o no) en relación con el grupo o cómo se reconocen en una clase?

6. Desde hace algunos años, los historiadores se muestran cada vez más conscientes de estos problemas. Sin embargo, las fuentes de que disponemos no nos informan sobre los procesos de elaboración de las decisiones, sino solamente de sus resultados finales, es decir, sobre actos. Esta ausencia de neutralidad de la documentación conduce a menudo a explicaciones monocausales y lineales. Fascinados por la riqueza de los destinos individuales, y al mismo tiempo incapaces de dominar la singularidad irreductible de la vida de un individuo, los historiadores abordan recientemente el problema bio-

gráfico de maneras muy diversas. Propongo esbozar una tipología de estos enfoques, sin duda parcial, pero que intenta arrojar luz en la complejidad irresuelta de la perspectiva biográfica.

a) *Prosopografía y biografía modal*. En esta óptica, las biografías individuales sólo ofrecen interés en tanto ilustran los comportamientos o las apariencias ligadas a las condiciones sociales estadísticamente más frecuentes. No se trata, pues, de verdaderas biografías, sino más exactamente de una utilización de los datos biográficos con fines prosopográficos. Los elementos biográficos empleados en las prosopografías son juzgados como históricamente reveladores sólo si tienen un alcance general. No es por casualidad que los historiadores de las mentalidades han practicado la prosopografía y mostrado poco interés por la biografía individual. Michel Vovelle escribió sobre esto:

Naturalizando los enfoques de la historia social cuantitativa, hemos tratado, en el terreno mismo de la historia de las mentalidades, de proponer esta historia de las masas, de los anónimos, en una palabra, de los que nunca han podido pagarse el lujo de una confesión, por más que ésta sea literaria: los excluidos, por definición, de toda biografía.

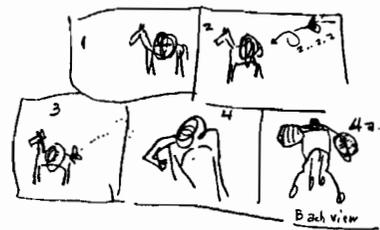
En el fondo, la relación entre *habitus* de grupo y *habitus* individual que desarrolla Pierre Bourdieu remite a la selección entre lo que es común y medible, “el estilo propio de una época o de una clase”, y lo que pertenece a “la singularidad de las trayectorias sociales”: de hecho,

es una relación de homología, es decir, de diversidad en la homogeneidad que refleja la característica de sus condiciones sociales de producción, que une los *habitus* singulares de los diferentes miembros de una misma clase. Cada sistema de disposiciones individuales es una variante estructural de los otros..., el estilo personal no es más que un desvío en relación con el estilo propio de una época o de una clase.

La infinidad de las combinaciones posibles a partir de las experiencias estadísticamente comunes a las personas de un mismo grupo determina así “la infinidad de las diferencias singulares”, como “la conformidad y la manera” del grupo. Aquí también, desvíos y desviaciones, una vez señalados, parecen remitidos a lo que es estructural y estadísticamente propio del grupo estudiado. Este enfoque comporta ciertos elementos funcionalistas en la identificación de las normas y de los estilos comunes a los miembros del grupo y en el rechazo, por no significativos, de los desvíos y las desviaciones. Pierre Bourdieu plantea tanto la cuestión del determinismo como la de la elección consciente, pero esta última es más constatada que definida y el acento parece ponerse más sobre los aspectos deterministas e inconscientes, sobre las “estrategias” que no son el resultado “de una verdadera intención estratégica”.

Este tipo de biografía, que podría llamarse modal por cuanto las biografías individuales no sirven más que para ilustrar formas tí-

La infinidad de las combinaciones posibles a partir de las experiencias estadísticamente comunes a las personas de un mismo grupo determina así “la infinidad de las diferencias singulares”, como “la conformidad y la manera” del grupo. Aquí también, desvíos y desviaciones, una vez señalados, parecen remitidos a lo que es estructural y estadísticamente propio del grupo estudiado.



En un caso, la reconstrucción del contexto histórico y social en el que se desarrollan los acontecimientos permite comprender lo que parece inexplicable y desconcertante a primera vista.

picas de comportamiento o de estatuto, presenta muchas analogías con la prosopografía: de hecho, esta biografía no es la de una persona singular, sino más bien la de un individuo que concentra todas las características de un grupo. Es por lo demás un procedimiento frecuente el de enunciar primero normas y reglas estructurales (estructuras familiares, mecanismos de devolución de los bienes y de la autoridad, formas de estratificación o de movilidad sociales...) antes de presentar ejemplos modales que intervienen en la demostración a título de pruebas empíricas.

b) *Biografía y contexto.* En este segundo tipo de utilización, la biografía conserva su especificidad. Sin embargo, la época, el medio y el entorno son fuertemente subrayados como otros tantos factores capaces de caracterizar una atmósfera que explicaría los destinos en su singularidad. Pero el contexto remite de hecho a dos perspectivas diferentes. En un caso, la reconstrucción del contexto histórico y social en el que se desarrollan los acontecimientos permite comprender lo que parece inexplicable y desconcertante a primera vista. Es eso lo que Natalie Zenon Davis define, haciendo referencia a su trabajo sobre Martin Guerre, como "colocar una práctica cultural o una forma de comportamiento en el marco de las prácticas culturales inherentes a la vida del siglo XVI". De igual manera, la interpretación que Daniel Roche propone para entender a su héroe, el vidriero Ménétrá, tiende a normalizar comportamientos que pierden sus características de destino individual, mientras que se revelan como típicos de un medio social (en este caso el del gremio de los artesanos franceses de fines del siglo XVIII) y que contribuyen, a fin de cuentas, al retrato de una época o de un grupo. No se trata, pues, de reducir las conductas a comportamientos tipo, sino de interpretar las vicisitudes biográficas a la luz de un contexto que las haga posibles y, por ende, normales.

En un segundo caso, el contexto sirve para colmar las lagunas documentales por medio de comparaciones con otras personas cuya vida presenta cierta analogía, de una u otra manera, con la del personaje estudiado. Podemos aquí recordar que Franco Venturi, en su *Jeunesse de Diderot (Juventud de Diderot)*, reconstruyó los primeros años de la vida de su personaje prácticamente sin documentación directa.

Sin embargo, en su conjunto, estos pocos fragmentos que nos quedan sobre la primera parte de su vida tienen un valor puramente anecdótico o no son distintivos de los caracteres generales de la época en que transcurrió la juventud de Diderot. Para dar interés a una tentativa de reconstrucción de la biografía de sus primeros años, es indispensable ampliar tanto como sea posible el número de personas y de movimientos con los cuales entró entonces en contacto, de reconstruir en torno a él su medio, de multiplicar los ejemplos de otras vidas que tuvieron algún paralelismo con la suya, de hacer revivir otros jóvenes a su alrededor.

Esta utilización de la biografía descansa sobre una hipótesis implícita que podemos formular así: cualquiera que sea su originali-

dad aparente, una vida no puede ser comprendida sólo a causa de sus desviaciones o singularidades, sino, al contrario, trayendo cada desvío aparente hacia las normas y mostrando que toma lugar en un contexto histórico que lo legitima. Esta perspectiva ha dado resultados muy ricos, que generalmente saben mantener el equilibrio entre la especificidad del destino individual y el conjunto del sistema social. Podemos deplorar, sin embargo, que el contexto de una biografía sea a menudo rígido, coherente e inmóvil como tela de fondo. Los destinos individuales se enraizan bien así en un contexto, pero no actúan sobre él, no lo modifican.

c) *La biografía y los casos límite.* A veces, sin embargo, las biografías son utilizadas para aclarar directamente el contexto. En este caso, el contexto no se percibe en su integridad y en su exhaustividad estáticas, sino a través de sus márgenes. Al describir los casos límite, se ponen a la luz precisamente los márgenes del campo social dentro del cual estos casos son posibles. Podemos de nuevo citar aquí el artículo de Michel Vovelle sobre la biografía:

El estudio de caso representa el regreso necesario a la experiencia individual, en lo que tiene de significativo, aunque pueda parecer atípica [...] El regreso a lo cualitativo por la vía del estudio de caso responde a un movimiento dialéctico en el campo de la historia de las mentalidades. Para mí, mucho más que la contradicción de los enfoques seriales cuantificados, es su complemento, porque permite ese análisis profundo que prefiere, más que a los héroes de primer plano de la historia tradicional, a estos testimonios sobre la normalidad [...] o los aportes más ambiguos, pero tal vez más ricos del testimonio en el límite de un personaje en situación de ruptura (Vovelle remite aquí a sus estudios sobre Joseph Sec y sobre Théodore Desorgues).

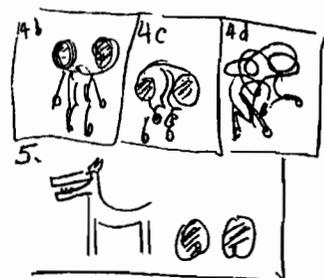
Más claramente aún, en su biografía de Menochio, Carlo Ginzburg analiza la cultura popular mediante un caso extremo, de ninguna manera modal:

En conclusión, aun un caso límite [...] puede revelarse como representativo. Ya sea negativamente, en tanto ayuda a precisar lo que hay que entender, en una situación dada, por "lo estadísticamente más frecuente", ya sea positivamente, en tanto permite circunscribir las posibilidades latentes de algo (la cultura popular) que no nos es conocido sino a través de una documentación fragmentaria y deformada.

Aquí también el paralelismo con la literatura es sorprendente. El personaje naturalista tradicional es trasladado progresivamente a un segundo plano, mientras que el relato de lo absurdo aseguraba, en Beckett por ejemplo, la solución de los casos extremos.

La principal ventaja del personaje tradicional de la novela provenía de su posibilidad o de su libertad para entablar un combate, victorioso o no, contra la amenaza de las situaciones

A veces, sin embargo, las biografías son utilizadas para aclarar directamente el contexto. En este caso, el contexto no se percibe en su integridad y en su exhaustividad estáticas, sino a través de sus márgenes. Al describir los casos límite, se ponen a la luz precisamente los márgenes del campo social dentro del cual estos casos son posibles.



La antropología interpretativa, sin duda alguna, ha puesto en relieve el acto dialógico, el intercambio y la alternancia continuos de preguntas y respuestas dentro de una comunidad de comunicación.

En esta perspectiva, el material biográfico se torna intrínsecamente discursivo, pero no logramos traducir su naturaleza real, la totalidad de los significados que ésta es susceptible de revestir: puede solamente ser interpretada, de una u otra manera.

extremas. Es ahí donde residía su energía dramática. Parece que hoy los legitimadores del "personaje hombre" tienen como último recurso el de sustituir las situaciones dramáticas por situaciones extremas [...] Sus destinos de aventureros, de vagabundos, de excéntricos y de coléricos parecen salir de un molino mecánico que buscara hacer nacer el movimiento en la fijeza atípica y en las situaciones extremas sin salida.

Pero en esta óptica también el contexto social es a menudo dibujado de manera demasiado rígida: al delinear sus márgenes, los casos límites amplían la libertad de movimiento de la cual pueden gozar los actores, pero pierden casi todo vínculo con la sociedad normal (el caso de Pierre Rivière es un ejemplo puntual en este tipo).

d) *Biografía y hermenéutica.* La antropología interpretativa, sin duda alguna, ha puesto en relieve el acto dialógico, el intercambio y la alternancia continuos de preguntas y respuestas dentro de una comunidad de comunicación. En esta perspectiva, el material biográfico se torna intrínsecamente discursivo, pero no logramos traducir su naturaleza real, la totalidad de los significados que ésta es susceptible de revestir: puede solamente ser interpretada, de una u otra manera. Es el propio acto interpretativo el que se vuelve significativo, es decir, el proceso de transformación del texto, de atribución de un sentido a un acto biográfico que podría recibir una infinidad de otros sentidos. Por eso, el debate sobre el lugar de la biografía en el seno de la antropología se lanzó en una vía prometedora pero peligrosamente relativista. La historia que se apoya sobre los archivos orales o que persigue introducir el psicoanálisis en la investigación histórico-biográfica no ha sufrido, sin embargo, su influjo sino con intermitencia y bastante débilmente. Aquí también, como en el siglo XVIII, el diálogo se encuentra en la base del proceso cognoscitivo: el conocimiento no es el resultado de una simple descripción objetiva, sino de un proceso de comunicación entre dos personas o dos culturas.

En el fondo, este enfoque hermenéutico parece desembocar en la imposibilidad de escribir una biografía. Al sugerir que hay que abordar el material biográfico de manera más problemática y al rechazar la interpretación unívoca de los destinos individuales, este enfoque ha estimulado la reflexión de los historiadores. Los ha conducido sobre todo a un mayor dominio de las formas narrativas, los ha orientado hacia técnicas de comunicación más respetuosas del carácter abierto y dinámico de las selecciones y de las acciones.

7. Esta tipología que utiliza a las interrogaciones y que encontramos hoy a propósito de la biografía no tiene la ambición de agotar el conjunto de las posibilidades o de las prácticas: podríamos mencionar otros tipos: la psicobiografía, por ejemplo, pero ésta conlleva tantos elementos equívocos o cuestionables que no parece presentar hoy una importancia significativa. Los grandes tipos de orientación sumariamente enumerados aquí representan las nuevas vías tomadas por aquellos que buscan utilizar la biografía como instrumento de conocimiento histórico y remplazar la tradicional biografía lineal y factual, que sin embargo continúa existiendo y gozando de muy buena salud.

No se trata, sin embargo, más que de soluciones parciales, que presentan aún aspectos muy problemáticos. La biografía constituye un tema sobre el que hay que debatir, alejándose tal vez de la tradición de los *Annales* pero permaneciendo en la encrucijada de los problemas que nos parecen hoy particularmente importantes: la relación entre normas y prácticas, entre individuo y grupo, entre determinismo y libertad, o incluso entre racionalidad absoluta y racionalidad limitada. Sólo pretendo aquí someter algunos temas a este debate y subrayar que las cuatro orientaciones evocadas tienen en común el hecho de callar cuestiones fundamentales. Éstas conciernen en particular al papel de las incoherencias entre las normas mismas (y ya no solamente las contradicciones entre la norma y su funcionamiento efectivo) dentro de cada sistema social; en segundo lugar, el tipo de racionalidad que se atribuye a los actores al escribir una biografía; y, finalmente, la relación entre un grupo y los individuos que lo componen.

8. Es ante todo un problema de escala y de punto de vista: si se pone el acento en el destino de un personaje —y no en el conjunto de una situación social— con el fin de interpretar la red de relaciones y de obligaciones exteriores en la cual se inscribe, es totalmente posible concebir de manera diferente la cuestión del funcionamiento efectivo de las normas sociales. De manera general, los historiadores dan por hecho que todo sistema normativo sufre transformaciones con el tiempo, pero que en un momento dado se vuelve plenamente coherente, transparente y estable. Me parece, al contrario, que deberíamos interrogarnos más sobre la amplitud real de la libertad de elección. Desde luego, esta libertad no es absoluta: cultural y socialmente determinada, limitada, conquistada pacientemente, sigue siendo sin embargo una libertad consciente que los intersticios inherentes a los sistemas generales de normas dejan a los actores. Ningún sistema normativo es, de hecho, lo bastante estructurado como para eliminar toda posibilidad de elección consciente, de manipulación o de interpretación de las reglas, de negociación. Me parece que la biografía constituye, a este respecto, el lugar ideal para verificar el carácter intersticial —y sin embargo importante— de la libertad de que disponen los agentes, así como para observar la manera en que funcionan concretamente aquellos sistemas normativos que no están exentos de contradicciones. Retenemos así una perspectiva diferente —pero no contradictoria— de los que escogen subrayar más los elementos de determinación, necesarios e inconscientes, como lo hace, por ejemplo, Pierre Bourdieu. Hay una relación permanente y recíproca entre biografía y contexto; el cambio es precisamente la suma infinita de estas interrelaciones. El interés de la biografía es permitir una descripción de las normas y de su funcionamiento efectivo, no siendo ya éste presentado solamente como el resultado de un desacuerdo entre reglas y prácticas, sino sobre todo como el de las incoherencias estructurales e inevitables entre las normas mismas, incoherencias que autorizan la multiplicación y la diversificación de las prácticas. Me parece que se evita así abordar la realidad histórica a partir de un esquema único de acciones y de reacciones y que se muestra, por el contrario, que la desigual repartición del poder, por más grande y

La biografía constituye un tema sobre el que hay que debatir, alejándose tal vez de la tradición de los Annales pero permaneciendo en la encrucijada de los problemas que nos parecen hoy particularmente importantes: la relación entre normas y prácticas, entre individuo y grupo, entre determinismo y libertad, o incluso entre racionalidad absoluta y racionalidad limitada.



Al privilegiar así la importancia del grupo, subestimamos el problema de su construcción, además de la apreciación de su solidez, de su duración, de su amplitud, y evacuamos, consecuentemente, la cuestión de la relación entre individuo y grupo.

más coercitiva que sea, no deja de ofrecer un cierto margen de acción a los dominados; estos últimos pueden entonces imponer a los dominantes cambios no despreciables. Tal vez solamente se trata de un matiz, pero me parece que no se puede analizar el cambio social si no se ha reconocido previamente la existencia irreductible de una cierta libertad con respecto a las formas rígidas y a los orígenes de la reproducción de las estructuras de dominación.

9. Estas consideraciones invitan a reflexionar sobre el tipo de racionalidad que hay que imaginar cuando emprendemos la descripción de los actores históricos. Es poco frecuente, en efecto, que nos alejemos de los esquemas funcionalistas o de los de la economía neoclásica; ahora bien, éstos suponen actores que poseen una información perfecta y consideran, por convención, que todos los individuos tienen las mismas disposiciones cognoscitivas, obedecen a los mismos mecanismos de decisión y actúan en función de un cálculo, socialmente normal y uniforme, de los beneficios y de las pérdidas. Estos esquemas desembocan así en la construcción de un hombre enteramente racional, que no conoce dudas, incertidumbres ni inercia. La mayoría de las biografías tomarían sin embargo otra cara si imagináramos una forma de racionalidad selectiva, que no buscara exclusivamente la maximización del beneficio, una forma de acción en la cual sería posible no reducir las individualidades a coherencias de grupo, sin renunciar a la explicación dinámica de las conductas colectivas como sistemas de relación.

10. Además del carácter intersticial de la libertad individual y de la cuestión de la racionalidad limitada, un último punto me parece que debe ser planteado. Roger Chartier sostuvo recientemente que la oposición entre “análisis microhistórico o *case studies*” e historia socioeconómica, entre estudio de la subjetividad de las representaciones y estudio de la objetividad de las estructuras, podía ser superado, a condición de “mantener los esquemas generadores de los sistemas de clasificación y de percepción como verdaderas ‘instituciones sociales’, que incorporan las divisiones de la organización social en forma de representaciones colectivas”. Esta anotación me parece plenamente justificada (excepto, tal vez, la asimilación de la microhistoria a los *case studies* y al estudio de las representaciones subjetivas), pero insuficiente: al poner el acento sobre el grupo, se da por hecho la relativa estabilidad de las coherencias y de las cohesiones grupales, así como el hecho de que constituyen el nivel mínimo en que se pueden aún estudiar con beneficio las representaciones del mundo social y los conflictos que suscitan. A mi entender, al privilegiar así la importancia del grupo, subestimamos el problema de su construcción, además de la apreciación de su solidez, de su duración, de su amplitud, y evacuamos, consecuentemente, la cuestión de la relación entre individuo y grupo. No es pues una casualidad si, en el texto que acaba de ser citado, Chartier asimila voluntaria y explícitamente las representaciones individuales y las representaciones colectivas, como si su génesis fuera formalmente semejante.

Es cierto, se abandona así la observación de conjuntos sociales y de conceptos indeterminados (cultura popular, mentalidades, clases) para construir una sociedad fragmentada y conflictual, en la

que las representaciones del mundo se vuelven posturas de lucha. Pero subsiste una amplia parte de indeterminación: los agregados del grupo se dan por hechos y por definidos; se estudian las luchas de poder y los conflictos sociales como si se dieran entre grupos cuya cohesión se presupone, como si el análisis de las diferencias individuales —en el último de los casos tan numerosas que se vuelven imposibles de interpretar— no aportaran nada. Aquí también tal vez se trata solamente de una aclaración: si insistimos en la “génesis social de las estructuras cognoscitivas” y en el aspecto “de incorporación de una posición diferencial en el espacio social en forma de disposiciones”, dejamos sin precisar la actividad de los actores, concebida solamente como el resultado “de innumerables operaciones de ordenación mediante las cuales se reproduce y se transforma continuamente el orden social”. La noción de apropiación cualitativa de “una historia social de los usos y de las interpretaciones, relacionados con sus determinaciones fundamentales (que son sociales, institucionales, culturales) e inscritos en las prácticas específicas que los producen”, por más importante y útil que sea, deja también abierto el problema de la relación entre individuo y grupo. No se puede negar que haya un estilo propio de una época, un *habitus* que resulta de experiencias comunes y reiteradas, así como existe, en cada época, el estilo propio de un grupo. Pero existe también, para cada individuo, un espacio significativo de libertad que encuentra su origen precisamente en las incoherencias de los confines sociales y que da origen al cambio social. No podemos, pues, aplicar los mismos procedimientos cognoscitivos a los grupos y a los individuos; y la especificidad de las acciones de cada individuo no puede ser considerada como indiferente o privada de pertinencia. Porque el riesgo, nada trivial, es el de sustraer a la curiosidad histórica temas que se juzgarían como plenamente estudiados aun cuando siguen estando todavía ampliamente inexplorados: por ejemplo, la conciencia de clase o la solidaridad de grupo, o incluso los límites de la dominación o del poder. Los conflictos de clasificaciones, de distinciones, de representaciones, abarcan también la influencia del grupo socialmente solidario en cada uno de los miembros que lo componen, al mismo tiempo que revelan los márgenes de libertad y de restricciones dentro de los cuales funcionan y se constituyen las formas de solidaridad. Imagino que, en esta perspectiva, la biografía podría permitir un examen más profundo de estos problemas.

No podemos, pues, aplicar los mismos procedimientos cognoscitivos a los grupos y a los individuos; y la especificidad de las acciones de cada individuo no puede ser considerada como indiferente o privada de pertinencia. Porque el riesgo, nada trivial, es el de sustraer a la curiosidad histórica temas que se juzgarían como plenamente estudiados aun cuando siguen estando todavía ampliamente inexplorados.

